

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## PREGUNTAS

# ¿UN COMUNISMO OCCIDENTAL?

El reciente congreso de los partidos comunistas occidentales celebrado en Bruselas en enero pasado, ha suscitado el antiguo tema de si existe realmente «otro comunismo» programático que no dependa del modelo ortodoxo soviético ruso o chino y que resulte más adecuado a los países del Oeste de Europa por su contenido y por su táctica. Las conclusiones de ese congreso son de tipo general, reflejan tendencias distintas y no permiten, a mi entender, deducir un criterio claro en la materia. Hubo en la mencionada asamblea, opiniones diversas y aun abiertamente contradictorias, sobre todo en lo relativo a la toma de posición respecto al Mercado Común. No era la misma la voz de los italianos que la de los franceses, los holandeses o los británicos. Ni tampoco el planteamiento que hicieron de sus métodos respectivos de lucha en cada país, correspondiente a un determinado contexto, semejante. Se aceptó, eso sí, como una realidad insoslayable la existencia de la Comunidad Económica Europea aunque se formularon iniciativas para darle, en un futuro, hipotético, distinto contenido. Breznev, por su parte, ya había reconocido públicamente en marzo de 1972 al Mercado Común como un hecho que no era preciso atacar por sistema. Se reconoció también, como dato evidente en la asamblea, el clima de distensión entre Washington y Moscú, más concreto y sustancial desde los acuerdos de junio del 73 entre Nixon y Breznev. Si Rusia negocia y pacta con Estados Unidos y se llega entre los dos gigantes nucleares a un entendimiento básico con ayudas importantes en el campo de la cooperación económica encaminada al desarrollo industrial masivo del Continente siberiano ¿por qué los partidos comunistas ortodoxos europeos van a seguir repitiendo cacofónicamente los «slogans» habituales? El «americans go home» pintado en las tapias de media Europa tendrá que ser sustituido por el «americans come home», acogedor llamamiento al incansable desfile de banqueros, industriales, petroleros y hombres de negocios que llegan desde hace unos meses a la gran capital soviética o a la horra de congestiones de tráfico pero a punto de despejar, entre otras cosas, a recibir en sus grandes avenidas las primeras producciones en serie de coches utilitarios.

En rigor, el gran problema que se les plantea a los partidos comunistas del Occidente es de doble naturaleza. Por un lado, se les considera por el resto de los grupos políticos de la Europa capitalista, como peones de la acción exterior soviética y del expansionismo del imperio ruso, henchido de nacionalismo excluyente y dominante. Por otra parte, se les mira con irrevocable recelo, por el temor a la implacable dialéctica del sistema comunista, allí donde está implantado, con su estructura dictatorial clasista, su partido único, su política política, su burocracia asfixiante, su eliminación de las libertades civiles y el acorralamiento incansable de sus intelectuales y pensadores cuando se atreven a exponer un punto de vista independiente.

A esas dos argumentaciones de indudable peso que repercuten en la opinión mayoritaria de los países europeos, de sistema político abierto y plural, y de sistema económico basado en la iniciativa privada; en el mercado competitivo trataron de buscar respuesta los reunidos en Bruselas pregonando un neutralismo pacifista del Continente, equidistante de la política avasalladora de los dos grandes poderes mundiales y aceptando las reglas del juego del Estado democrático tal y como se practican en las quince naciones de Europa que las utilizan en su vida pública.

«Queremos —dice la declaración final— que la integración económica europea tal y como se desarrolla actualmente, en sentido de favorecer las concentraciones industriales del gran capitalismo y de los monopolios y el poder de las sociedades multinacionales, se modifique en el sentido de una cooperación europea más democrática que sirva preferentemente al interés de las clases trabajadoras y de las clases medias de los pueblos

de Occidente». Los partidos comunistas de la Europa capitalista pregonan la necesidad de «extender una alianza política hacia todas las fuerzas democráticas, progresistas y pacíficas, basada sobre el respeto recíproco y tendiendo al desarrollo democrático y a la transformación de la sociedad, para emprender el día de mañana la construcción del socialismo». Para ello sostienen «la necesidad de asegurar los derechos y libertades democráticas, individuales y colectivos; las libertades de expresión, pensamiento, de prensa y de creación».

¡Sorprendente formulación! La garantía de las libertades civiles o si se quiere de los derechos humanos, enarbolada como bandera sustancial por los núcleos dirigentes del comunismo en el Occidente europeo. ¿Qué cabe deducir de ese nuevo programa del socialismo internacional revolucionario? ¿O es revolucionario, y, ese comunismo?

En la reunión de Bruselas se habló, al parecer, entre los asistentes, con claridad y franqueza en lo referente a las posiciones que se deducían del contexto político de cada país y de las fuerzas respectivas de cada partido. Los veinte representantes de éstos traducían preocupaciones, lógicamente diferentes, desde el partido italiano con sus 1.700.000 afiliados y nueve millones de votantes, en 1972, hasta el diminuto partido británico con sus 35.000 afiliados y casi igual número de votantes en la última elección. Pero es evidente que un paso importante se ha dado con la reunión, en dirección a lograr un mayor grado de independencia respecto a Rusia y a subrayar que «no existe un centro dirigente del comunismo internacional» que movería desde Moscú los hilos del movimiento entero. Todavía ese rumbo de autonomía propia que se reveló en Bruselas no está firmemente definido, ni consolidado, pero es quizás el comienzo de un camino irreversible que han de tomar en el futuro los partidos comunistas del Occidente capitalista. Incluso el aceptar como objetivo lejano la creación de una «Europa de los trabajadores», frente a la «Europa de los monopolios», manifiesta, dentro del simplismo y de la logomaquia habitual de esas ideologías, un deseo de afirmar la identidad del Continente como núcleo político que equilibre el reparto exclusivo del mundo entre los dos supergrandes.

¿Llegaremos con todo ello a ver algún día un «comunismo occidental» con personalidad propia, imagen distinta del nuestro, que ma ortodoxo soviético y con parámetros de libertad civil, política, social y humana que lo acerquen a un concepto más congruente con la filosofía de la vida pública que predomina en media Europa? La cuestión es delicada e importante a un tiempo. Si esa alianza —que ahora pregonan— reunidos en Bruselas— quiere hacerse realidad, solamente puede funcionar en aquellos países en que la aceptación de las reglas del juego democrático sea una realidad evidente con suficiente credibilidad por parte de la opinión y de la sociedad en que se han de mover. Ni en Italia, ni en Francia, países en los que los partidos comunistas tienen alrededor de un 25 por ciento del censo de votantes en las elecciones, pueden aspirar a conquistar la mayoría numérica del sufragio universal. Para que sean admitidos a las coaliciones de izquierda o centro-izquierda que les darían acceso al gobierno, la fiabilidad de sus promesas tendría que ser rigurosamente contrastada. Las naciones del Occidente europeo viven insertadas —«velis nolis»— dentro de un dispositivo estratégico que se tiende a olvidar con frecuencia por los políticos de todo signo: el de la fuerza militar norteamericana que comparte el poder en el mundo, con la fuerza soviética.

En ese cuadro de realidades geopolíticas concretas se mueve hoy la trayectoria interior de los países del neocapitalismo occidental. En la Europa que se asoma al Atlántico no hay —por ahora— Cubas. Ni parece probable que las pueda haber en mucho tiempo. Este dato factual hay que tenerlo presente para no perderse en utopías y romanticismos. El «gauchismo» y sus terrorismos anejos, puede originar episodios de signo

subversivo al amparo de una situación límite de marginación represiva pero no representa un factor de importancia decisoria en el contexto general. O, en otras palabras, el área que se halla amparada por la potencia norteamericana no podrá modificarse en lo que atañe a la sustancia de ese equilibrio de fuerzas sin poner en tela de juicio y quizás, sin poner en movimiento, elementos desencadenados para atajar esa hipotética modificación del «statu quo» presente.

Rusia lo sabe y lo comprende perfectamente. Su juego actual es a la distensión y al entendimiento con los Estados Unidos. La guerra y crisis últimas del Oriente Próximo, no han hecho sino otorgar ventajas estratégicas y militares a los dos supergrandes que han consolidado sus respectivas posiciones en el Mediterráneo oriental, eliminando a la Europa occidental y al Japón, como elementos concurrentes y rivales en materia comercial y monetaria y en influencia política. La guerra del Kippur ha demostrado, por sí no fuera obvio, la inmensa distancia a que se encuentran los países del Occidente europeo, de Norteamérica y Rusia, en orden a la sofisticación del armamento militar de toda clase, para no hablar del arsenal nuclear, que se halla prácticamente en sus manos exclusivas. Pero ese mismo clima de distensión hace que el reparto de las zonas de influencia respectivas se respete con mayor seriedad que hasta ahora entre los «gendarmes». Los partidos comunistas occidentales serán en lo sucesivo, cada vez menos, agentes del imperialismo soviético, ya que ese despliegue hegemónico que empezó al terminarse la Segunda Guerra mundial en 1945, para como se una a una, las independencias nacionales del Este europeo, tiende a la limitación en virtud de la propia dinámica de la distensión que busca las fronteras del equilibrio entre los dos gigantes imperios.

Otro motivo de orden intrínseco que obliga a los partidos comunistas de Occidente a tomar estas nuevas posiciones ideológicas, alineadas con el resto de los grupos democráticos socialistas y liberales de cada país, se debe a la propia condición de las sociedades en que se mueve su acción, insertadas en el desarrollo económico, en la civilización del consumo, en la mejora del nivel de vida y en una metamorfosis cotidiana y visible de sus condiciones de trabajo y de existencia. El sistema democrático del neocapitalismo, en el que cabe el socialismo reformista como alternativa de poder, no ha resuelto evidentemente todos los problemas humanos de una colectividad y lleva, dentro de sí, profundas contradicciones. Pero sus realizaciones positivas en orden al progreso material y educativo y también a la creación de un clima moral de tolerancia liberal y permisiva no ofrecen parangón con el de cualquier sociedad colectivista por adelantada que ésta sea. Y ningún afiliado a un partido comunista de Occidente, por fanático que sea, enajenaría su parcela de bienestar tangible por un dogma más o menos lejano de un credo particular.

Tal es el drama de los comunismos occidentales en la hora presente: que la Unión Soviética, su modelo y ejemplo, que construyó su sistema socialista en un largo, difícil y sangriento proceso que duró más de medio siglo, acabó entendiéndose con la mayor potencia del capitalismo mundial en orden a repartirse la influencia política planetaria. Y en esa distribución geográfica de influencias el Occidente europeo corresponde a Norteamérica que además lo considera como pieza esencial de su acción internacional. Y a ello se añade que ese mismo Occidente el neocapitalismo y la civilización tecnológica han hecho dar un avance gigantesco al bienestar individual y colectivo en cuyo progreso figuran en sitio preponderante, las clases trabajadoras.

¿Habrá en la Europa el futuro sitio para un «comunismo occidental»? ¿O habrá de modificarse éste, tan visceralmente, que acabe siendo, en realidad, un socialismo democrático con rostro humano?

José María DE AREILZA

## VOLVIENDO AL TEMA

# EL OMBLIGO DEL MUNDO

HAY que volver sobre el tema, de vez en cuando, aunque sólo sea para despertar algún leve reconcomio. Porque en esto somos incorregibles. El «hombre» no se resigna a considerarse uno más entre los habitantes de su planeta: se pretende su «rey». En los ratos de suntuoso engreimiento, incluso se ha proclamado «rey de la Creación», que ya es decir. Resulta difícil precisar el momento en que, históricamente, tomó la decisión. Puede que no date de muy antiguo. Nuestro antepasado bosquiano o rupestre, en sus formas «preparatorias», tuvo que ser bastante modesto en cuanto a pretensiones. De hecho, para pensar «el puesto del hombre en el cosmos», le hacía falta llegar a ser, si no catedrático teutón de Filosofía, profeta del Antiguo Testamento, por lo menos. La tradición de que aquí vivimos empieza en Moisés, y los primeros capítulos del Génesis lo ponen en evidencia. Pero lo mismo ocurre en las demás familias culturales. Un buen día, pues, el hombre reflexionó sobre sí mismo, y optó por erigirse en protagonista de la gran, ininteligible, escalofriante aventura del Universo (con mayúscula). Era un rasgo de orgullo. De optimismo, echando por bajo. Todo su contorno, real o imaginario, desde los dioses a las bestias, le pareció «sujeto» a su particular veleidad biológica. Los dioses para cuidarle, las bestias para servirle, y así lo restante. Luego, todo fue coser y cantar.

Si bien se mira, aquella efusión conceptual que reza «el hombre es la medida de todas las cosas» parece una perfecta broma de guasón académico. Lo curioso es que fue proferida en serio. A veces, los sabios que se ocupan de tales asuntos hacen una distinción entre épocas o veltaschous («veltaschau» por «Weltanschauung», como «guisqui» por «whisky») teocéntricas y épocas o veltaschous antropocéntricas. Truco. El presunto teocentrismo no deja de ser antropocentrismo, en la medida en que los hombres colocaban a la Divinidad en una relación de «cuasi-dependencia» con ellos. Los judíos creían y siguen creyendo en un «pac-

to» entre Abraham y Jehová: de tú a tú, o de tú a usted, que no es mucha la diferencia, ya que de un pacto se trata. Cuando la gente se distanció de los sacerdotes, el antropocentrismo adquirió visos todavía más espectaculares. Les metafísicas alcas se inspiran en la idea del «hombre solo», y, desde luego —por lo general—, sin renunciar a su plena, absoluta superioridad. La hormiga y el puma, el río y la montaña, el aire y la mar, y ahora la propia luna, y lo que vendrá, le «pertenecen». El destino de la col y del carnero es alimentarle; el árbol está ahí para ofrecerle peras, leña, muebles domésticos, mondadores, solios; el agua calma su sed o le sirve para la higiene y la industria o el recreo; con las piedras erige monumentos, o viviendas, y confecciona joyas, y... Bueno: es innecesario poner más ejemplos. El «hombre-rey» se siente autojustificado.

Y se comprende, claro está. En ello reside la única explicación relativamente plausible. Que se plantea como una «lucha». Como una operación permanente de dominio sobre la llamada «Naturaleza»... No siempre tendemos a vernos en esa disposición de lucha. Por el contrario, a menudo, nos inclinamos a prolongar las dulces fantasmagorías de una extraña obsequiosidad «natural». ¿Cómo no invocar, en este punto, ciertas ingenuidades del presunto «racionalismo» del XVIII europeo? Por ejemplo, la de aquel individuo que sostenía que los melones se nos brindan delicadamente estriados para que, a la hora del postre familiar, las tajadas sean regulares y equitativas. O el otro —¿sería el mismo?—, que sostenía una afable teoría sobre el color de las pulgas: son negras, precisamente, para que el hombre las pueda descubrir con toda facilidad en la blancura de las sábanas o las camisas. Y no me atrevo a citar la sarcástica caricatura de un humorista, que señalaba el sabor amargo de las lágrimas como una providencial aportación a la pedagogía. Si las lágrimas fuesen azucaradas, los chicos serían partidarios de los cachetes paternos, y no habría manera de meterles en pintura. No ha-

gero, en definitiva. El fenómeno de la «alegría» humanista es obvio, sin tocar los extremos de la ridiculez taxativa. Y esa herencia de un «racionalismo» irracional perdura.

Contra la noción de un «mundo-hogar-para-el-hombre» hay tantas objeciones como se quiera. Un terremoto, una catástrofe meteorológica, un virus, el infarto, el hambre, la muerte en su implacable verdad. Las vicisitudes «geológicas» y los espasmos del clima —de la sequía al diluvio— pertenecen al área de un azar ignominioso. Aún no está controlado: en la «lucha contra la Naturaleza», el terremoto sigue sin tener remedio, y la sequía, o el diluvio, aunque la burocracia de Obras Públicas se esmere en ponerle parches. Las amenazas de enfermedad reciben la réplica admirable de los médicos y los laboratorios. Y hasta la del hambre, con los manjares químicos que expenden, en latas, sobres y pastillas, las tiendas subalternas, los «grandes almacenes» y demás estancos del falso «consumismo» vigente... Me pregunto, en un inciso más, por qué se llama «consumismo», y se le echa a la palabra tanta insidia, a la posibilidad de que una vasta parcela de muchedumbre coma un poco, se entretenga un poco, evite un poco su fatalidad paleolítica... En realidad, sólo los «verdaderos consumistas» maldicen de la hipotética «sociedad de consumo». Es su complejo de Edipo, quizá. Los otros son los que, como en la fábula de don Pedro Calderón, van recogiendo las hierbas que ellos arrojan... En el fondo, la «sociedad de consumo», para los consumistas últimos de la cola, representa —sin que ellos lo sepan— la «victoria» sobre la Naturaleza. Su humanización industrial: la única previsible, a estas alturas...

Lo malo es que, en esta línea, perdura la ilusión del «hombre-rey-de-la-Creación». Por descontento, el hombre, la especie «humana», es una excepción dentro de las clasificaciones de la zoología. Precisamente por eso yo escribo ahora y ahora el lector me lee: cosa que, hoy por hoy, y que nosotros separamos, queda fuera

del alcance de los elefantes, las carpas, los jilgueros, las abejas. Esta «excepcionalidad», sin embargo, no nos autoriza a chuparnos el dedo. Somos una «especie» más, entre las muchas que catalogó Linneo —¿fue Linneo?—, y hay que asumir con humildad el lugar que nos corresponde en el esquema. Que seamos nosotros mismos, «hombres», los inventores del esquema no altera las premisas auténticas del embrollo...

La Naturaleza, nuestra «mina», no es inagotable. No se hizo el hombre para el petróleo, y valga la paráfrasis bíblica. Pero tampoco se hizo el petróleo para el hombre. El hombre, tanto el usuario de vehículos y de aspirinas como el feudal del Golfo Pérsico, puede creer que sí: que el petróleo, en sus pozos, es una previsión «providencial». Hoy por hoy la diplomacia y los negocios multinacionales continúan funcionando como si —y no «als ob», en el alemán de la charcutería orteguiana—, «como si», repito, las entrañas hidrocarboníferas de la Madre Tierra tuviesen la mitológica eternidad de Júpiter. En consecuencia, los automovilistas mesocráticos, los enormes tinglados de la manufactura (es un decir arcaico, eso de «manufactura»), los hornillos y las calefacciones imprescindibles, la moto épica de los chavales, los vuelos charter y los otros vuelos, las medicinas, los ascensores, todo, todo, queda en suspenso. Habrá otras opiniones. Las hay ya, sospecho, todavía en reserva. Pero, en un enfoque definitivo, la conclusión es que el «rey-de-la-Creación» se resiste a admitir que es un parásito provisional. Y cuando acepta su condición de parásito, la preocupación de la «provisionalidad» no acaba de ser limpia. Cuando estén enjutos los yacimientos coránicos o tejanos, los de Venezuela o los soviéticos, ¿qué?... «¡Tan largo me lo fiáis!», decía el don Juan de Tirso de Molina. No tan «largo»... No. Creerse el «ombligo del mundo» es una propaganda capciosa para el «hombre»...

Joan FUSTER